

igualdad se encuentran en un porvenir lejano; pero el socialismo concreta: ese porvenir se encuentra en la ruina del capitalismo. Como el liberalismo, el socialismo hace frente al conservadurismo en cuanto no acepta la aceptación y confirmación del orden existente en forma inmediata. Comulga el socialismo hasta cierto punto con el conservadurismo, en cuanto reconoce en el presente, la existencia de ciertas determinantes del futuro.

Sin embargo, el socialismo mismo se encuentra sujeto a un proceso de división en sus filas ocasionado por la llegada al poder de algunos de sus miembros, que se convierten en partidarios de los cambios graduales, frente a quienes no han alcanzado el poder que siguen siendo partidarios de la revolución, con lo cual, en esta forma, se introducen elementos de retardo en el proceso de realización de la utopía.

Gracias a todo este proceso, el tiempo adquiere su mayor latitud; si ha cabido al conservadurismo mostrar que en el presente se da virtualmente el pasado, ha correspondido al socialismo mostrar que en el presente se encuentra también en forma virtual el futuro. De este modo, se ha vuelto en contra de Saint-Simon, de Fourier, de Owen para quienes "el socialismo es la expresión de la verdad, de la razón y de la justicia absolutas y no se necesita sino descubrirlo para que éste conquiste el mundo por su propio poder".

Tras mostrar las posibilidades que se presentan a los intelectuales rechazados por el proceso social (no tener problemas por falta de conflicto entre fidelidad social y fidelidad intelectual, escepticismo destructor de los elementos ideológicos de la ciencia, refugio en el pasado y tentativas de reanimación de mitos, abandono consciente de toda participación en el proceso histórico), Mannheim hace desembocar sus consideraciones en unas fra-

ses evaluativas de los dos tipos de superación de la realidad o de trascendencia de la realidad examinadas en su libro: evaluativas de la ideología y de la utopía, puesto que si el declinar de la primera puede representar una crisis para ciertas capas sociales pero simultáneamente una aclaración para la sociedad en conjunto, la declinación de la segunda llevaría al hombre a una situación estática. En este caso "nos encontraríamos en presencia de la mayor de las paradojas: el hombre, llegado al más alto grado de dominio racional de la existencia se convertiría, una vez desprovisto de todo ideal, en puro ser de instintos... sería precisamente en el estadio más elevado de la toma de conciencia —cuando la historia deja de ser destino ciego y se convierte cada vez más en creación personal del hombre— cuando la desaparición de las diferentes formas de utopía le harían perder la voluntad de moldear la historia y, por lo mismo, su capacidad de comprenderla".

PORTILLA, MIGUEL LEÓN: *La Filosofía Náhuatl* estudiada en sus fuentes. Con un Prólogo de Angel Ma. Garibay K. Ediciones Especiales del Instituto Indigenista Interamericano. México, 1956, p. 344.

El Dr. Manuel Gamio, Director del Instituto Indigenista Interamericano, editor del libro y el Dr. Angel Ma. Garibay K. prologuista hacen la presentación de este trabajo del ahora también Dr. Miguel León Portilla y, con su prestigio —el del investigador de la población del valle de Teotihuacán, el del tesorero estudioso de la literatura náhuatl—, introducen en el mundo intelectual a quien en adelante ha de mantenerse en él por propio mérito. A Manuel Gamio le parece

indispensable que no sólo se investiguen y mejoren los elementos materiales de cultura de los indígenas —ya mexicanos en particular o ya americanos en general— sino que se conozcan los rasgos de su cultura intelectual precolombina, se descubran las supervivencias actuales de la misma, se determine las que sean valiosas y utilizables y se descubra el modo de incorporarle los rasgos de la cultura occidental” que él acepte y sean convenientes” (III). Angel Ma. Garibay, por su parte, señala cuán natural resulta admitir que los pueblos que fueron capaces de esculpir la llamada “Piedra del Sol” y elevar construcciones como las Pirámides pudieron elaborar sus pensamientos y expresar sus emociones y cómo es frecuente que, con todo, o se le niegue capacidad o se crea imposible llegar a conocer sus ideales de conducta, su visión del mundo, su visión del hombre, preconcepción al que da rotundo mentís el trabajo de León Portilla cuya mejor prenda “es su originalidad, pues cuando otros tienen fija la mirada en especulaciones germánicas, griegas o de cualquiera otra región del mundo del pensamiento, place que haya mexicanos que se ponen a indagar sobre lo mexicano” (xv) y que lo hagan conforme al recto método de “ir al documento y dar lo que da éste con un poco de orden” (xiii).

León Portilla ha sido cuidadoso en cuanto al método —¡y qué investigador que se precie no tendría que serlo!— y cuidadoso no sólo en cuanto al método de investigación, sino también en lo que se refiere al método de presentación de sus resultados: éstos son los pueblos a cuya cultura y a cuya filosofía me referiré, éste su principal asiento geográfico, éste el lapso principal de referencia, ésta la circunscripción lingüístico-cultural, éstas las fuentes, cuyo valor relativo frente al problema es éste, éstos los investigadores que se han ocupado del pensamiento

náhuatl y éstas sus aportaciones, en la porción introductoria; en el cuerpo central de la obra, cinco capítulos, sobre la existencia histórica de un saber filosófico entre los náhuas, sobre sus ideas cosmológicas, sobre las metafísicas y teológicas, sobre las antropofilosóficas, sobre el hombre náhuatl como creador de una forma de vida; capítulos que desembocan en una conclusión y se completan con dos apéndices (textos en su original y vocabulario filosófico náhuatl), una bibliografía y un índice analítico.

Se puede apenas, cuando la obra tiene la medula de ésta, hacer otra cosa que recoger algunas anotaciones al paso y brindarlas al lector —que debe sentirse obligado a la lectura integral de un texto en que el detalle lo es todo— con propósitos de romper el hielo o abrir boca; apenas se puede señalar con el autor la variedad de actividades culturales de los nahuas —no reducibles a los aztecas— en el xvi, de pueblos herederos de las culturas tolteca y teotihuacana que despertaron el interés investigador de Olmos, de Motolinía, de Sahagún y de Mendieta al través de una portentosa cronología que les puso en camino de descubrir los mitos cosmológicos, la religiosidad y el pensamiento náhuatl, recogidos principalmente por Sahagún mediante interrogatorios a los indios viejos en los que se atendía a un rigor metodológico admirable aún en nuestros tiempos de extensa investigación social. Olvidadas durante mucho tiempo la literatura y la filosofía, se necesitaron los esfuerzos de Garibay para demostrar la existencia de una genuina literatura nahua, y las reflexiones del autor acerca de cómo la historia de la filosofía griega no es sino “el proceso de progresiva racionalización de la concepción religiosa del mundo implícita en los mitos” (Jaeger) para conceder —en vista de las premisas enunciadas— categoría de tema por investigar, al de la

filosofía de los pueblos de habla náhuatl.

Las fuentes principales para tal estudio habrían de ser, y habrán de seguir siendo, los testimonios en náhuatl de los informantes de Sahagún recogidos 26 años después de la caída de Tenochtitlan de hombres cuyas edades se encontraban entre los 50 y los 70 años y que procedían no sólo de Tenochtitlan, sino de Texcoco, Tepepulco, Tlatelolco, etc.; el Libro de los Coloquios de los Doce que presenta la última actuación pública de los sabios nahuas en 1524 en defensa de sus opiniones y creencias; la Colección de Cantares Mexicanos en muchos de los cuales se contienen profundas ideas filosóficas; los *huehuetlatolli* o pláticas de los viejos de finalidad educativa; el Códice Chimalpopoca; la Historia Tolteco-Chichimeca, otros escritos en náhuatl, documentos en otras lenguas, códices y obras de arte.

De los investigadores del pensamiento náhuatl, se cita: a Eguiara y Eguren, bibliófilo, iniciador de la historia de las ideas en México quien hace el "primer intento de síntesis de lo más valioso de la cultura y el pensamiento náhuatl"; a Boturini quien alude a la filosofía de los nahuas y se preocupa por la consulta de las fuentes, para quien la lengua náhuatl excedería en primor a la latina; a Clavijero de preocupaciones objetivas y mexicanos; a Orozco y Berra, primero que expone las ideas filosóficas nahuas y, para relieves su valor, las compara con las pitagóricas o indias; a Chavero que brinda una interpretación materialista de la filosofía náhuatl, influido por el positivismo propio y en contradicción con él —puesto que el primer estadio sería el teológico—; a Valverde y Téllez quien señala la dificultad de distinguir entre ideas filosóficas e ideas religiosas en el caso de pueblos que no habían tenido aun el delimitador formal de los diversos campos de estudio; a Parra prejuiciado en cuanto a la incapacidad del náhuatl

para expresar ideas abstractas; a Selser, firmemente fundado externamente en los datos aportados por el documento e internamente en el conocimiento de la lengua náhuatl; a Lehmann que señaló la necesidad de aprovechar los hallazgos arqueológicos para reconstruir la filosofía; a Beyer que postula una concepción monista-panteísta; a Gamio para quien comprender la indígena implica conocer su mentalidad; a Caso quien en la cosmovisión religiosa de los aztecas distingue un sustrato popular politeísta, uno sacerdotal que busca reducir lo múltiple a aspectos de la divinidad y uno filosófico que afirmaba el principio cósmico dual y en casos aislados el monoteísmo; a Soustelle, sintético y documentado quien señala cómo el mundo para el nahua es un sistema de símbolos, de múltiples correspondencias entre colores, tiempos, rumbos, astros, dioses, hechos históricos; a Ramos (el actual Coordinador de Humanidades de la Universidad Nacional) para quien es medular para responder a la pregunta de si hubo filosofía entre los nahuas referirse al problema de las fuentes; a Garibay quien, al través de sus estudios sobre la literatura encuentra la respuesta al problema de las fuentes; a Fernández (Justino) quien descubre el simbolismo profundo de la *Coatlícue* y brinda su exégesis en su obra sobre *La Estética del Arte Indígena Antiguo*.

Fuentes e investigadores que trabajan ¿con qué contenidos? ¿puramente religiosos y místicos o ya filosóficos? porque "no obstante el afán de unidad y los penetrantes atisbos de la compleja cosmovisión nahua, hay que reconocer que si el pensamiento de sus sabios no hubiera llegado más lejos, la filosofía en sentido estricto no hubiera aparecido entre ellos, porque aun cuando los mitos y creencias son la primera respuesta implícita al misterio latente del universo, en realidad filosofar es algo más que ver el mundo al

través de los mitos” y —por ser pivotal, continuaremos la cita— “son filósofos quienes experimentan la necesidad de explicarse el acontecer de las cosas o se preguntan formalmente cuál es su sentido y valor, o yendo aún más lejos, inquietan sobre la verdad de la vida, el existir después de la muerte, o la posibilidad de conocer ese trasmundo donde las creencias y los mitos habían situado sus respuestas”

El nahua-parlante encuentra que el hombre es un ser sin reposo que, al ir de una cosa a otra se pierde; de ahí que se pregunte si hay algo capaz de satisfacer a todo el ser del hombre sobre la tierra; de ahí que se pregunte cuál es la finalidad de la acción humana; de ahí que se interrogue sobre si hay algo verdaderamente firme y verdadero en este mundo, sobre esta tierra en donde nada florece y verdea, amenazada por el quinto sol, librado a la ficción de los sueños; de ahí que se interrogue sobre la posibilidad de tener un ser más verdadero. Descubrimiento de problemas por el sabio que tiene que plantearse y debe tratar de resolverlos, del sabio o del filósofo comparable a la tea que alumbraba sin ahumar, al espejo horadado en cuanto órgano de visión concentrada del mundo y de las cosas humanas, poseedor de la sabiduría y de la escritura, de un saber transmitido, de un conocimiento que hace adquirir a otros, por la enseñanza, una cara o personalidad, que conoce lo que está sobre nosotros, gracias a quien la gente humaniza su querer conforme a una valoración de lo humano como calidad moral que será idea básica de la educación náhuatl, en tanto el falso sabio hace que los demás pierdan su rostro o su personalidad, encubre y destruye las cosas.

Descubiertos los problemas, establecida socialmente la calidad y jerarquía (en cuanto hay una cierta diversificación del saber) de quienes han de dar las res-

puestas, la imagen náhuatl del universo muestra la superficie de la tierra como un disco centrado rodeado de agua, distribuido en cuatro rumbos a los que corresponden cuatro colores: el rojo de la casa del sol, el azul de su izquierda, el blanco de la luz, la fertilidad y la vida, el negro del país de los muertos; mundo al que están superpuestos 13 cielos y 9 infiernos en los que sufren pruebas durante 4 años los descarnados, mientras los cielos son los caminos de la luna, las estrellas, el sol, Venus, los cometas, los de los varios colores, el cielo metafísico la región de los dioses y el lugar de la dualidad, del principio que actuando en el ombligo del universo fundamenta la tierra y la viste de algodón, le da vida y movimiento, le hace llegar la lluvia, en tanto el principio dual se desdobra en cuatro elementos que introducen la lucha, las edades, los cataclismos, la evolución, determinando el predominio de cada elemento la aparición de un sol o edad de los que 4 han terminado y comienza el quinto que, como los otros, terminará en un cataclismo evitable sólo si se fortalece al sol mediante la energía encerrada en el líquido que mantiene a los hombres, al través del sacrificio y la guerra florida.

Un mundo amenazado de catástrofe en el que el hombre se presenta como un ser necesario a los dioses; ser fruto de la penitencia de los dioses (*macehual* = merecido por la penitencia); ser cuyo verdadero ser se fundamenta, en cuanto al origen, en ser creación divina, pero que, en el plano temporal depende de ser “un rostro, un corazón”, “no definición a base de género y diferencia específica sino mirada viviente que, a través del rostro apunta a la fisonomía interna del hombre y que en el palpitar del corazón descubre simbólicamente el manantial del dinamismo y del querer humanos”,<sup>203</sup> habiendo “rostros bien definidos y corazones que laten con fuerza, frente a caras borrosas

y corazones que se han perdido a sí mismos”, definiéndose los rostros y vigorizándose los corazones al través de la educación que hace que cada hombre descubra su verdad, labrándose su personalidad, postulándose, junto al aparente fatalismo del tonalpohualli, la importancia del libre albedrío de la gente para, “con un supremo acto de confianza en el Dador de la vida de quien se espera que no envíe a los hombres a la tierra para vivir en vano y sufrir, se sostiene que *rostro* y *corazón*, la persona humana, elevándose al fin, logrará escapar del mundo transitorio del *tlatlícpac* para encontrar la felicidad buscada allá ‘en el lugar en donde de verdad se vive’”.

Se planteará así, un primer ideal de perfeccionamiento personal, pero también el de la necesaria convivencia y la legítima aprobación social (lo conveniente, lo recto) y el camino para ello, frente a la desesperación intelectual, consiste en la inspiración poética (flor y canto) en buscar, ahondando en el propio ser, la forma de “divinizar las cosas”, pues es el artista el que logra forjar “un rostro sabio y un rostro firme como la piedra”, pues es ésta la única forma de que Dios se introduzca en el corazón del hombre y lo haga verdadero. El reflejo de la mundivisión náhuatl en el mundo de la organización social indígena se refleja en el hecho de que el hombre que de tal forma se entregaba a la metáfora creadora, que, de tal modo realizaba el ideal de los sabios nahuas fuese el llamado a ocupar las supremas dignidades de director de los *Calmeacac* o establecimientos educativos de los nobles en los que se despertaba en la juventud ese anhelo de la verdad fundamentadora del propio ser en cuanto aprendizaje del canto, de la contemplación de los cielos, de la admiración de la pintura y la escultura, o la dignidad de sumo sacerdote de Quetzalcóatl.

Y quienes en tal forma se plantearon problemas y trataron de encontrarles solución llegando a concebir una rica doctrina ético-jurídica, mostraron tener asimismo una gran conciencia histórica en cuanto se reconocían “grandes herederos” de culturas previas de tal modo que a todo lo valioso que poseían en el campo cultural lo designaban como *Toltecáyotl* o toltequería, cosa de los tolteca, cosa de las gentes cultas que les habían precedido en la ocupación de los terrenos de su asentamiento, así como en cuanto “en su postrera actuación ante Cortés y los doce primeros frailes, después de expresar sus razones, no vacilaron en afirmar los *tlatlaminime* (sabios o filósofos), frente a la imagen de su cultura destruida: ‘Si, como sostenéis, nuestros dioses han muerto, dejadnos mejor ya morir...’ Así amaron los *tlatlaminime* su propia cultura, viviendo en su mundo y sabiendo morir en él”.

De esta forma, al través de estos extractos, puede vislumbrarse la forma en que el Dr. Miguel León Portilla ha cubierto una etapa y una etapa importante en el conocimiento profundo de la cultura náhuatl que ahora se proponen seguir estudiando, en labores de Seminario realizadas en nuestra Facultad de Filosofía y Letras, él y el Dr. Angel María Garibay. Estudios como el suyo, colocados como adecuado trasfondo de los estudios de etnografía antigua y de historia de los pueblos de habla náhuatl pueden brindar al estudioso de la sociología medios valiosísimos de establecer conexiones —y mediante comparaciones, llegar a generalizaciones— axiológico-funcionales entre la cosmo-visión y la antropo-visión de una parte, y la estructura de la personalidad básica, los procesos sociales y las instituciones de los grupos humanos. Labor ciertamente meritorísima la de León Portilla.